

Hasta ahora de los tres elementos que necesariamente concurren á la creacion de una obra dramática, los ideales, la forma y los recursos escénicos para conducir la accion, los dos primeros los ha satisfactoriamente realizado *Echegaray* en *Cómo empieza y cómo acaba*, permaneciendo incorregible en lo que se refiere al mal empleo del tercero, lo cual no nos impide abrigar la esperanza de que en su nueva época ha de presentar otros efectos, que no pueden faltar á su gigantesco númen dramático, ménos discutibles, más estéticos, más artísticos y verdaderos, que acabarán por hacerle digno de loa, de aplauso, de admiracion y de inmortal renombre.

CAPÍTULO IX.

Planteamiento de los nuevos ideales dominando los elementos románticos.—

Lo que no puede decirse.

¡Ay de tí, miserable mortal, si el demonio de la duda se apodera de tu alma! Tú buscarás la verdad en medio de los más terribles dolores; acaso, engañándote á tí mismo, creas haberle vencido y que puedes dormir tranquilo y confiado en tu razon. ¡Infeliz! La cosa más insignificante atenaceará tu alma, el anhelo será mayor, la aficion estará más dispuesta y... declárate vencido, el hado adverso te obligará á sucumbir y tu duda será satisfecha arrollándolo todo y sacrificando... lo que más ames en este mundo. ¡Ay de tí, desgraciado; si tu madre está de por medio, ella será tu víctima propiciatoria!

Gabriel, y estamos en el fondo de *Lo que no puede decirse*, quiso saber algo que le ocultaban, que no debia conocer; anidó la duda en su alma; inclinándose á creer lo que no era cierto, creció su anhelo porque lo cierto no podia mostrársele; supuso verdadera la mentira revestida por las apariencias con manto de verdad;

para no ignorar nada, ó acaso beber hasta el fondo la copa de la amargura, quiso que nada hubiese oculto entre su padre y él, y como su madre Eulalia era la clave del misterio el desgraciado Gabriel inmoló á su madre. ¡Pobre Eulalia!

Vamos á contar cómo se prepararon las cosas para llegar al suicidio de una madre inocente.

Jaime servía en el ejército liberal en la pasada contienda entre cristinos y carlistas, hallándose de guarnición en San Sebastian, mientras su mujer Eulalia vivía en un pueblo de Guipúzcoa ocupado por los carlistas, que se tomó á viva fuerza por los ingleses cometiendo todo género de violencias y matanzas. Un oficial inglés, Arturo Brandley, forzó á Eulalia, la cual enfermó á consecuencias del acto brutal. Arturo consiguió verla durante su enfermedad, siendo sabedor, por las revelaciones que en momentos de delirio hacía Eulalia, de que su crimen llevaba la trascendencia de la paternidad. Jaime acudió solícito á cuidar á su esposa, y, cuando ya mejorada ésta le declaró su desgracia, el destacamento inglés recibió orden de abandonar aquel punto, formó en la plaza al amanecer, y cuando, con las luces del alba, desfilaba tranquilamente por entre doble hilera de silenciosas casas, oyóse un grito terrible. A una ventana hallábanse asomados un hombre y una mujer. Él vestía uniforme español; ella fué la que gritó. Y despues, tendiendo los brazos hácia los que marchaban, loca, desesperada, rugiente, volvió á gritar... «¡Ese, ese... ese fué!...» y señalaba á Sir Arturo. Y el

hombre saltó como un tigre por la ventana, se arrojó sobre el señalado, le golpeó brutalmente en el rostro... y cinco minutos despues, luchando frente á frente, le atravesó de una estocada el pecho. Sir Arturo espiró, y en su agonía dijo á Patrik, que impulsado, no por la pasión, sino por el remordimiento, habia penetrado varias veces en aquella casa, en que no supo respetar á una mujer, y que esta mujer, en aquellos días, á ratos presa de la fiebre, otros en agitado sueño, y no pocos á impulso de la desesperacion, pronunció frases, que varias personas oyeron, y que á cambio de oro fué recogiendo. Aquellas frases le hicieron comprender cuál era la extension de su crimen y cuán imposible de borrar la mancha de su víctima. Sir Arturo legó al hijo que llevaba en sus entrañas Eulalia treinta mil libras esterlinas, encomendando á Patrik el cumplimiento de su voluntad. Esto tuvo lugar veintitantos años ántes de empezar la accion del drama *Lo que no puede decirse*. En el teatro se presenta así: Federico (hijo de Eulalia y el oficial inglés), aceptado por Jaime como hijo suyo, anda enamorado de una jóven cuyo padre tasa su mano en dos millones, cuando Patrik, venido á España para negociar un empréstito en nombre de una casa inglesa, descubre en Jaime Aguirre, á quien ha conocido en Inglaterra por ser el representante del Gobierno español en el negocio, al matador de Sir Arturo y en su mujer Eulalia la víctima del muerto; trata de cumplir la mision del legado, pero Jaime se resiste á recibir la suma previendo un mundo de desgracias en aceptarla; la

rígida conciencia del inglés le vence, acepta la suma; la opinion pública al tener noticia del rápido enriquecimiento de Jaime lo atribuye á malas artes, se engendra la duda en su hijo verdadero Gabriel, el Gobierno duda de su lealtad y le destituye de sus cargos y obligado por su hijo que le escarnece y vigila se ve forzado á descubrir la verdad; pero Eulalia se suicida ántes de manifestar su propia deshonra, y la segunda parte de la trilogia concluye de manera bien lastimosa.

Resolvamos el pensamiento del autor, y con él la moral de su obra. *Echegaray* quiere llevar á su teatro la moral pura, ajena á toda clase de conveniencias sociales. De aquí la pugna terrible entre lo que debe (en moral absoluta) hacer Jaime y lo que el mundo le dice que haga. No cabe duda; la trascendencia del ideal de *Echegaray* es plausible, es inmensa, es casi imposible; pero así debe ser, bien que todas las dificultades se opongan. Por imposibles que parezcan las acciones buenas, las empresas morales, el hombre debe tender á realizarlas; y cuantas conveniencias se opongan á ellas, no deben ser obstáculo que impidan su realizacion, y si lo son, á su aniquilamiento deben dirigirse sus fuerzas. Para llevar á la práctica tan grandes teorías morales hay que trabajar sin preocupaciones, y ¡cuánto, si como con éstas sucede, no han penetrado aún en el ánimo, no han llegado á ser aceptadas por la conciencia!

El problema de la obra se nos presenta á todos cuantos nos ocupamos de esta obra en parecidos términos: ¿Debe Jaime recibir el legado de Arturo Brandley?

La moral obligará á contestar que sí; las preocupaciones sociales dirán que no. La sociedad, pues, necesita reformarse; sus hábitos deben atemperarse, regularse y basarse en la más sana moral. Es inútil defender al mundo por ser como es; defendiéndolo, más grande, más elevado, más sublime resultará el propósito del poeta. Si hay quien cree que por haber sido Federico aceptado como hijo de Jaime, debe sufrir las consecuencias, porque entre su familia y la Inclusa no era dudosa la eleccion; que no debe recibir Jaime las treinta mil libras esterlinas porque así no publica la afrenta de su familia, ni hace creer que esos tres millones son fruto de una prevaricacion cometida en el desempeño de su último cargo; que es brava lógica y estupenda moral el admitir lo que es de Federico, deshonrando así su familia por satisfacer el último deseo del miserable que arrojó la primera piedra contra su honra; que el no dar á Federico lo suyo es mantenerse firme en su derecho como hombre exento de obligacion y en su deber como celoso padre de familia, se equivoca de medio á medio; y esto, si es conveniente, egoista, ordinario, no es, ni puede ser bueno, ni moral, ni honrado, ni justo. Dígasenos que la sociedad, tal como se halla hoy organizada, así lo exige; dígasenos que en la obra de *Echegaray*, presentadas como están las situaciones, así debe hacerse; dígasenos que el sacrificio de Jaime no es necesario porque ni Federico ha llegado á punto de perdicion, ni su casamiento es caso de conciencia, ni su viaje de muerte segura, ni el

medio de adquirir el legado, sin que cause perjuicio, difícil de encontrar, ni imprescindible para su boda con Julia, que, si le ama, la ley les amparará, y en todo, en todo tendrán razón los que esto nos digan, lo confesamos, lo reconocemos con claridad y franqueza; pero no se pretenda nunca confundir la mala representación de una idea con la idea misma; no se quiera prescindir de la moral porque ésta ataque las preocupaciones adquiridas ó subverta los hábitos arraigados; no se quiera hacer contraria á su esencia una cosa santa que está por encima de las miserables necesidades humanas, que debe estar más alta que las conveniencias sociales, que debe conservarse en los senos de la conciencia para que nos sirvan de norma en los casos azarosos y difíciles de la vida, y debe ser como la aspiración eterna á que llegaremos con los indefinidos progresos del espíritu humano.

El poeta dramático, de la inmensa trascendencia de *Echegaray*, no debe, ni puede, detenerse ante ningún género de exigencias mundanas; él debe presentar al teatro las luchas que resultan del no cumplimiento de la más recta moral, y si ésta aparece bastardeada, motivo doble de ahinco y empeño para cambiar lo que está en un lugar que no le pertenece. Es muy triste que una falsa noción de la moral, basada sólo en egoismos é intereses bastardos, esté dando lugar á semejantes infamias. Ha llegado el momento de que el arte, de consuno con la filosofía, influyan en las costumbres haciendo desaparecer tales escándalos. Si no hemos lle-

gado á una edad de justicia y de moralidad, debemos aspirar á que llegue; y si las conciencias honradas en su íntimo pensamiento condenan los vicios sociales que corrompen nuestra familia, es preciso que tengan valor para condenarlos públicamente y asociarse de todas veras á su reforma. El desprecio que la sociedad tiene á los desgraciados frutos del concubinato, inocentes hijos de las faltas de sus padres, y sobre cuyas frentes en manera alguna deben recaer las culpas ajenas, que ya no es justo (nunca lo fué) que reciban los hijos con la vida la responsabilidad de acciones que no ejecutaron; el ridículo que la sociedad lanza sobre el marido engañado miserablemente por su adúltera mujer; la animadversión hácia débiles mujeres, víctimas del desenfreno, de la violencia, de la brutalidad de infames forzadores, en cuyas violencias no entró la voluntad de las infelices; la mayor importancia que la sociedad da á la pureza física y material sobre la del pensamiento y la moral, tienen que desaparecer y ser sustituidas por el castigo y el desprecio que ha de recaer sobre el que originó con plena libertad tales desmanes, que no hay culpa, dice la sana moral, y dice muy bien, donde no hay voluntad.

Resuelto así el problema, vengamos al drama *Lo que no puede decirse*. *Echegaray* ha querido retratar al varón justo, humanamente justo, cuya conducta no puede ser compatible con las actuales costumbres humanas (y ha hecho mal el inteligente *Clarín*, D. Leopoldo Alas, en creer lo contrario), para que aquí, de esta lucha, resaltase lo vicioso de ellas y todos conviniésemos en su cor-

reccion. En donde nosotros encontramos el crimen de *Echegaray* no es en la finalidad de la obra, que la hallamos propia de esos grandes ideales que él ha sabido crear, sino en no haberse sabido sostener en ese terreno firme, concediendo tanto á lo humano, que, en tributo á ello, acaba la obra con una catástrofe indigna que nunca, jamás debió ocurrir al autor, ni aún para mal de sus pecados. La moral hubiera sido sana, la leccion elocuente, la lógica severa, la enseñanza grande si *Echegaray* hubiera puesto en boca de Jaime la confesion de la verdad, de lo que hubiera resultado la desgracia de Eulalia, pero no su deshonra, y el castigo de Gabriel con los remordimientos de haber dudado de su padre. Pero tal como ese malhadado genio de *Echegaray* la concluyó, es una aberracion que merece por nuestra parte la más severa censura. Así resulta todo lo contrario de lo que debiera resultar, y las simpatías se van con los que ménos acaso debieran irse. Porque lo malo es (como dice muy bien Alas, aquí sí que no se equivoca) «que Eulalia se suicida, y comete una accion siempre vituperable, en circunstancias que no atenúan, ántes agravan su delito. ¿No dice ella misma que se debe á Jaime, y así es la verdad? ¿No quiere sacrificarse por él? Pues bien, que lo haga en buen hora; si de lo que se trata es de desvanecer las muy legítimas dudas de Gabriel, dudas que atañen á la honradez de su padre, explíquesele, no con monosilábicas declamaciones, sino claramente y de modo que pueda entender la verdad pura; á Gabriel le calumnia su propia

madre; Gabriel no es un mal hijo; sus dudas nacen de indicios que se convierten en pruebas para él evidentes, y sólo en el terrible momento del desengaño, de la desesperacion, cuando ve caer su ídolo, se deja arrebatar por la pasion, y, aún entónces, cae de rodillas pidiendo la muerte á su padre; por lo demás, en todas las circunstancias se muestra buen hijo, amante de su honrada familia y hermano cariñoso; su madre sí que es con él dura, pues diciéndole de María misteriosos vaticinios, contribuye á ennegrecer su alma. Así, pues, si Gabriel no deja un momento de parecer razonable, ¿qué inconveniente grave hay en revelarle la verdad? Doloroso será el trance, no cabe duda; pero todos los otros males que con esta declaracion se evitan son mayores. Al fin Eulalia le revela el secreto; al oirlo y conocerlo tan sólo en lo que tiene de más amargo, Gabriel, como es natural, se siente morir; pero ¿es esto algun crimen? ¿tiene derecho Eulalia por esto á castigarle con su propia muerte? Mejor hiciera en aclarárselo todo, presentándole las pruebas, por fortuna incontrovertibles, de su inocencia que no decirle con un laconismo deplorable, «no tengo culpa,» y sin aguardar á más, darse la muerte, y una muerte traidora; Gabriel ni tiempo tiene para indicar si cree ó no en la inocencia de su madre.—¿Y por qué no habia de creer? Aparte, repito, de que hay pruebas concluyentes de ello (por ejemplo, las declaraciones que Mister Patrick podria hacer respecto á la muerte de Sir Arturo), Gabriel, cuyo carácter no es maligno, cuyo corazon es recto, se apresu-